

Uno de los aspectos más tangibles del problema rural es el abandono del campo, el éxodo de los agricultores hacia la ciudad: ésta se congestiona monstruosamente y la vida en ella se deshumaniza cada vez más: por otra parte, el abandono del campo significa la disminución del abastecimiento de artículos alimenticios de primera necesidad. La gravedad resulta alarmante, cuando las estadísticas comienzan a barajar cifras sobre el número creciente de los que consumen las materias producidas por el campo y el decreciente de los que las suministran.

Sin embargo éste no es más que una consecuencia del problema múltiple que es a la vez técnico económico, urbano, social, y sobre todo moral, es decir, profundamente humano.

Porque, en resumen, la desorganización del campo se basa en un desconocimiento de la dignidad humana que posee, como cualquier otro hombre, como cualquier otro trabajador y como cualquier otro ciudadano, el campesino.

Es evidente que en la última centuria se ha mantenido un sistema social-económico agrario que ha favorecido al capital y que ha empobrecido y disminuído cada vez más al trabajador. Este es el factor principal que ha hecho difícil la vida en el campo, que ha determinado el abandono del mismo y la pobreza en grandes masas humanas rurales.

Es necesario reconocer que la responsabilidad principal de esta grave injusticia humana corresponde al capital. El capitalista ha sido avaro e injusto; ha ido acumulando riquezas, ha ido manteniendo el latifundio, sistema que ha permitido el enriquecimiento de unas cuantas familias o de unas cuantas sociedades anónimas a costa de la pobreza del arrendatario y del empleado rural. Reconozcamos que han existido excepciones en esta inmensa lista negra de capitalistas y latifundistas. Pero es imposible desconocer el grave desequilibrio social que la avidez de éstos ha desencadenado. El Papa mismo lo ha señalado repetidas veces. Uno de los trabajos que incluimos hoy en ESTUDIOS lo documenta ampliamente y el Congreso Rural celebrado recientemente en Santiago de Chile lo vuelve a confirmar. Es uno de tantos aspectos de la injusticia social que recae en el capitalismo. Más de una vez ha

Argentina  
frente  
a su  
problema  
rural

insistido *ESTUDIOS* sobre las graves responsabilidades del capitalismo. Incluso hasta provocar cierto escándalo en algunas mentalidades liberales. Pero estamos convencidos de que solamente cuando este escándalo se produzca cumplen los católicos con su obligación de predicar la justicia social.

Frente a los abusos del capitalismo, se presentan las soluciones extremas colectivistas: suprimir el capital, suprimir la propiedad privada de la tierra. Pero esto equivale a querer suprimir los dolores de cabeza, cortándola. La experiencia comprobada de las tentativas colectivistas ha demostrado que el obrero ha ido pasando de propietario a arrendatario de las tierras nacionalizadas, y de arrendatario a un simple jornalero del Estado, que es el peor de los patrones. El resultado para la producción y para el bienestar humano en general ha sido catastrófico.

No hay por tanto que suprimir la propiedad privada, sino afrontar con limpieza y con justicia su reglamentación, cortando los abusos del capitalismo donde quiera que ellos se presenten. Es necesario reconocer que se han logrado mejoras en ese aspecto. Pero estamos todavía lejos del ideal. Se impone la supresión de los latifundios, comenzando por las zonas donde éstos no estén bien explotados y no concedan un alto nivel de vida a los arrendatarios y a los jornaleros. Se impone el estudio inmediato y la ejecución de la repartición de tierras en propiedad privada, en parcelas de terreno que permitan asegurar a la familia un elevado nivel de vida. Se impone la remuneración y el trato más justo y humano para el trabajador campesino. Y en fin las facilidades y seguridades a la explotación del campo, olvidadas con frecuencia. Estas medidas son urgentes, urgentísimas; de hoy mismo.

Sólo una adecuada solución del problema rural podrá superar en Argentina la grave crisis económica cuyas consecuencias no podemos aún prever. Por cierto que las estadísticas son cada vez más desfavorables. Hace diez años más de la mitad de la población, el 63 %, vivía en la ciudad. En los últimos años el éxodo se ha ido acentuando hacia la ciudad y el porcentaje ha subido sensiblemente. ¿Cómo puede alimentarse una nación, cuya riqueza nacional básica es el campo, si apenas una cuarta parte se dedica a producir y el resto a consumir? Los inmigrantes, por su parte se han ido instalando en más del 50 % en las ciudades. Las cifras son alarmantes. Pero no esperemos reducirlas por leyes que permitan o que prohíban el traslado de los trabajadores del campo a la ciudad, si antes no humanizamos el campo mismo.

*ESTUDIOS* ofrece en el presente número una serie de trabajos, documentos y crónicas sobre el problema rural, que son de suma actualidad para nuestro problema agrario nacional.